

La viabilidad de la

agricultura

familiar en la

ALTILLANURA

COLOMBIANA

**Análisis de su eficiencia
económica – productiva y su
dinámica ecosistémica en
comunidades de Puerto López.**

DIRECTOR

Jaime Forero Á.

Director del Doctorado en Estudios Ambientales y Rurales

Universidad Javeriana

CODIRECTORA

Constanza Yunda

Universidad del Llano

Directora de la Maestría en producción tropical sostenible

María De Vargas

Universidad del Llano

Claudia Sofia Rodríguez

Doctorante Estudios Ambientales y Rurales

Universidad Javeriana

Andrea León Parra

Doctorante Estudios Ambientales y Rurales

Universidad Javeriana

Laidy Johana Martín

Fotografía y edición

RESUMEN

Hasta hace unos 15 años nadie pensaba que se podía hacer agricultura en la Altillanura. Tan es así que la Unidad Agrícola Familiar para esta zona se había calculado entre 800 y 1300 hectáreas, la cantidad de tierra mínima que necesitaba una familia para levantar ganado en las sabanas normalmente cubiertas con pasturas nativas (guaratará, principalmente) y un par de hectáreas de braquiaria. Para el autoconsumo el campesino tenía la topochera (plátano criollo) y unos pocos animales de patio como el marrano sabanero.

Pero antes de que apareciera la posibilidad de cultivar maíz, arroz, soya y caña, ya se habían *braquiarizado* extensos potreros. Y se habían encerrado con tupidas cercas de alambres y postes de cemento, lo que antes eran inmensas sabanas en las cuales no importaba tanto la propiedad de la tierra como la cantidad de reses que cada cual tuviera.

La supuesta inviabilidad de la agricultura familiar en la Altillanura

Hace 8 años el INCODER asignó las parcelas a campesinos sin tierra (y a varias otras personas que se hicieron pasar por campesinos). Pero la tierra que fue tan abundante en otra época, era ahora más bien escasa de manera que las parcelas medían entre 18 y 26 has, apenas la mitad de una Unidad Agrícola Familiar recalculada teniendo en cuenta las nuevas alternativas. Con el avance de la tecnología traída del Serrao brasileiro (generada, al parecer, con

alguna participación de CORPICA y del CIAT) era ya claro que un agricultor podía llevar a cabo actividades agrícolas diferentes a la ganadería extensiva.

Pero al observar los inmensos cultivos en que se llevaba a cabo la nueva agricultura, surgió la idea de que la asignación de tierras a campesinos en la Altillanura había sido un gran error. En casi todos los círculos gremiales, académicos y gubernamentales se afirmaba que para poder tener éxito se necesitaba mucho capital y hacer las cosas a gran escala, en grandes lotes de por lo menos unas 100 hectáreas.

Pero surgió una pregunta que guió esta investigación: ¿Por qué descartar sin fórmula de juicio a unas familias que por fin, después de mucho luchar contra la adversidad, de mucho esperar y de mucho aguantar, recibieron tierras para fundarse o refundarse como productores campesinos? Lo cierto es que la descalificación de la agricultura familiar, como modelo productivo válido para la Altillanura, no se basaba en estudios y en análisis de la realidad sino en prejuicios.

Entonces en octubre del 2013 y en febrero del 2014, nosotros, cuatro investigadores de la FEAR UJ¹, dos investigadoras de UNILLANO² y diez familias de las parcelaciones de El Rodeo, Las Leonas, Las Delicias, y Los Caballeros³, nos pusimos en la tarea de hacer lo que acordamos con Constanza Yunda y Josué Aguirre en Villavicencio, cuando Josué nos aseguró que él y otras cuantas familias habían implementado sistemas de producción que confirmaban que un campesino sí podía vivir en su tierra en la Altillanura.

¹ Jaime Forero Álvarez, Claudia Sofía Rodríguez, Andrea León Parra y Laidy Johana Martín.

² Constanza Yunda y María De Vargas.

³ Familia Chávez – Finca Costa Azul, Familia Aldana – Finca la Sonrisa, Familia Aguirre – Finca Teempag, Familia Lozada – Finca Lozada

Manantial, Familia Tapiero Novoa – Finca Mi Fortuna, Familia Lozano – Finca Los Mangos, Familia Padilla – Finca La Unión, Familia Briceño Daza – Finca la Maporita, Familia Castañeda – Finca La Castañeda y Familia Quiroga – Finca Marayal.

Cuando nos sentamos, computador en mano, a hacer las cuentas, aparecía ante nuestros ojos que sí, que la finca de Josué, al igual que las demás en las que trabajamos posteriormente, daban ingresos en dinero y en especie para que cada familia pudiera vivir dignamente de sus productos.⁴

La construcción de sistemas de producción viables, una cuestión de capital social

Estas familias fueron colocadas hace ocho años en una sábana inhóspita con temperaturas muy altas y largos períodos de sequía. ¿Y qué hicieron?: Desarrollar estrategias productivas basadas en la utilización ingeniosa de los recursos disponibles y en la solidaridad entre vecinos mediante lo cual llevaron a cabo un proceso de creación colectiva de conocimiento; de tecnologías.

Podría afirmarse que los hombres se dejaron convencer de las mujeres cuando resuelven introducir una alta variedad de especies vegetales y animales.

¿Qué es una tecnología? Una tecnología no es un aparato sino el conocimiento humano que se crea y se transmite por la interacción de hombres y mujeres. Pues bien estas familias han desarrollado un conocimiento muy profundo de cómo manejar las sabanas, los humedales y ese nuevo ecosistema, de esa nueva naturaleza que están construyendo.

Ellos no han recibido capitales como los que dicen que se necesita en la Altillanura para cultivar. Han contado sí con el apoyo de la Escuela Campesina, de la Fundación Cosmopolitana, del PNUD y la ACNUR.

⁴ Se realizaron dos visitas al Municipio de Puerto López, Meta, durante las cuales se recorrieron un total de 10 fincas, cuatro en la primera y seis en la segunda. La visita a cada una de las fincas tuvo una duración de unas cinco horas tiempo durante la cual un grupo interdisciplinario (agronomía, sociología, administración, ecología) desarrollaba en primera instancia un recorrido en el que se

Sacaron casi de la nada mínimos recursos, para empezar: Una vaquita, un par de becerras, un pequeño préstamo, contaron también con el pasto braquiaria que estaba sembrado. Así, con muy poco capital iniciaron la construcción de una diversidad de modelos productivos exitosos. Porque cada finca es muy diferente una de la otra. El recurso más importante es el intercambio, no monetario, de semillas, plántulas, productos de pan coger, leche, abonos... pero sobre todo de aprendizajes sobre el manejo de sus cultivos, plantas y animales, sobre cómo comercializar sus productos.

La creación de redes de intercambio solidario de bienes, de favores, de servicios, de razones, de información, se conoce en la academia como creación de capital social. En este aspecto ellos tienen una gran ventaja sobre la agroindustria.

Si bien puede haber retos muy concretos como la legalización de la propiedad, como la obtención de recursos adecuados para expandir la producción, el gran reto que tienen por delante es defender y consolidar la construcción colectiva de sus sistemas de producción y de sus medios de vida.

Los sistemas de producción familiares frente a las posibilidades de alianzas con las grandes agroindustrias

Examinemos, por último, la alternativa de arrendar la tierra para cultivos mecanizados en grandes lotes, que es hasta ahora lo que les ofrecen los agroindustriales. Una hectárea les genera a estas

hacia un registro fotográfico y un primer acercamiento a la diversidad biológica. Luego de esto se entrevistó a la familia con el fin de construir un perfil social seguido finalmente del estudio económico. En cada una de las visitas se realizó una socialización de los resultados socios productivos, de biodiversidad y económicos con los productores estudiados.

familias un ingreso neto (descontando los costos) entre \$62,000 y 142.000 al mes, mientras que el arriendo está alrededor \$10.000 mes por hectárea. Para esta cálculo se han contabilizado las más o menos 20 has trabajables que tienen estas fincas, (dejando 4 o 6 para conservar humedales, morichales, bajos, matas de monte, las rondas u orillas de los caños). Pero si le hacemos las cuentas de lo que produce una hectárea bien trabajada con los sistemas silvo agro pastoriles desarrollados hasta ahora (la actual combinación ecológica de cultivos, árboles, plantas forrajeras y animales) ellos obtienen un ingreso neto, de más o menos \$300.000 por hectárea al mes...

El Ministro de Agricultura, tomando como ejemplo el modelo agroindustrial de la palma aceitera en La Costa y Santander, ha propuesto que los productores familiares establecidos en zonas con agroindustrias grandes, como es precisamente este caso de la Altillanura, se asocien con los grandes empresarios de manera que éstos los financien, les den asistencia técnica y les garanticen la compra de las cosechas. Parece ser que esto les ha funcionado muy bien a algunos agricultores pequeños, a algunos campesinos que cultivan palma, pero las cosas no son iguales en todas partes. El caso es que, la palma es un cultivo manual: el hoyado, la siembra, el plateo, la fertilización, la poda, el corte del fruto, son tareas que se hacen mata por mata, con

herramientas manuales, así sea en un cultivo de 2 o de 20.000 hectáreas. ¿Pero qué puede hacer un parcelero con 20 has que un empresario se las toma en arriendo para incorporarlas a un lote de 100 o de 1.000 hectáreas de maíz o soya? Pues sí: Ver pasar las máquinas y cobrar los \$10.000 mensuales que es lo que pagan por una hectárea arrendada.

Entonces digámoslo con claridad: el modelo de las alianzas productivas no funciona para los cafeteros, ni para los paperos de clima frío, ni para los horticultores que en lotes de menos de media, o menos de un cuarto de hectárea, nos han abastecido día a día, durante los últimos cincuenta años, en este país de más de 40 millones de habitantes. Ni mucho menos funciona este modelo de asociación del gran agroindustrial con el campesino, en la Orinoquia en donde se ha demostrado, como lo han demostrado estos casos, que el campesino mismo puede construir sus sistemas productivos, puede agregar valor en la finca, puede comercializar sus productos, tejiendo sus redes de comercialización a punta de gestiones y relaciones con vecinos, amigos, transportadores, familias y restaurantes (de Pueblo Nuevo y Puerto López en este caso), con la ayuda del celular pero sobre todo contando con la colaboración de parientes y vecinos.